Qué papel juega Brasil en la lucha contra el cambio climático

De acuerdo a un reciente estudio realizado por el Instituto Nacional de Investigación Espacial de Brasil (INPE) la ganadería produce la mitad de las emisiones de gases de invernadero en aquel país.

La investigación arrojó que las emisiones producidas por la ganadería en la Amazonia y el Cerrado, un tipo de sabana tropical situada al sur de la selva amazónica, generaron entre 813 y mil millones de toneladas de bióxido de carbono durante el periodo comprendido entre 2003 y 2008. En la Amazonia se produjeron entre 499 y 775 millones de toneladas de CO2, mientras que en el Cerrado se emitieron entre 229 y 231 millones de toneladas.

Las emisiones de la ganadería en otras partes del país alcanzaron entre 84 y 87 millones de toneladas durante dicho periodo

El estudio, basado en un avanzado sistema brasileño utilizado para monitorear el cambio de uso de suelo, encontró que el 75 y 56 por ciento de la selva y el cerrado desmontados durante ese periodo terminó como zona de pastoreo, respectivamente.

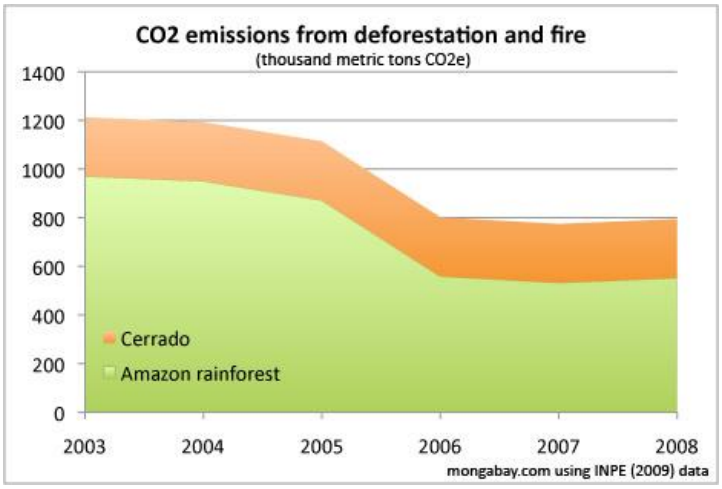
La publicación estimó que cada kilogramo de carne brasileña está asociado con 300 kilogramos de emisiones de CO2.

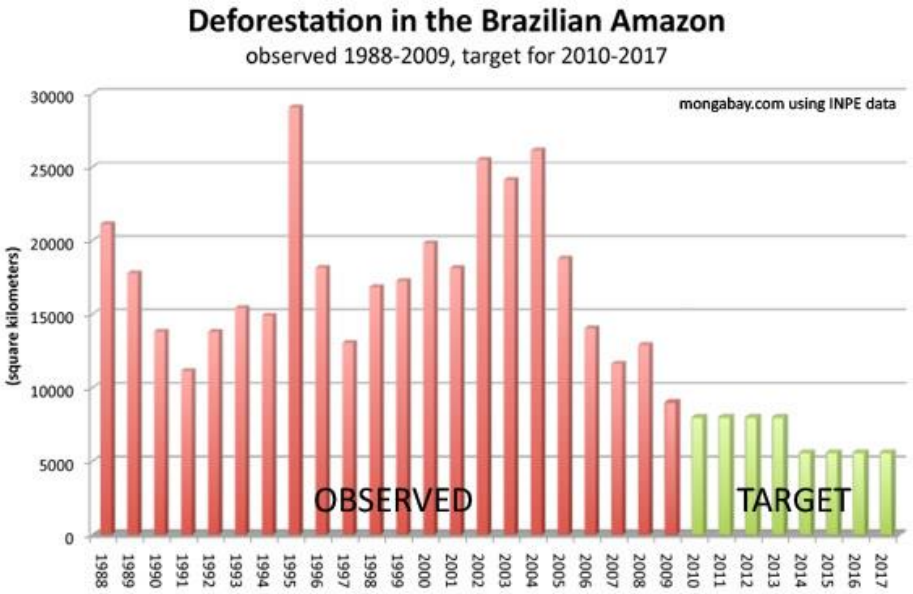
“Encontramos que el costo de las emisiones de carbono por unidad de producción excede el costo real del producto al mayoreo”, afirmó el coautor del estudio Roberto Smeraldi de Amigos de la Tierra – Amazonia Brasileña

Los investigadores, liderados por Carlos Nobre del INPE, mencionaron que el estudio demostró que Brasil necesita enfocarse en la disminución de los impactos ambientales ocasionados por la ganadería, de tal forma que se puedan reducir las emisiones de gases de invernadero. Sugieren que la deforestación y las emisiones asociadas se podrían reducir mediante reformas políticas, el mejoramiento en el cumplimiento de la ley y el perfeccionamiento de las prácticas de manejo de la tierra. Los pagos por la restauración y conservación de las selvas podrían incentivar a los ganaderos a adoptar medidas ecológicamente más

responsables. Además, la certificación de los productos agropecuarios originados en la amazonia permitirá rastrearlos a lo largo de la cadena de suministros, desde las granjas y ranchos donde se cría el ganado, propiciando un mejor desempeño ambiental entre los productores

Brasil ha ofrecido reducir las emisiones en casi un 40 por ciento de los niveles proyectados (entre el 14 y 19 por ciento por debajo de los niveles del 2005) para el año 2020. La mayor parte de las reducciones provendrían de un decremento del 70 por ciento en las tasas de deforestación.





https://es.mongabay.com/2009/12/la-ganaderia-en-la-amazonia-produce-la-mitad-de-las-emisiones-de-co2-de-brasil/

Brasil llega a la cumbre de la ONU sobre cambio climático (COP25) sin el protagonismo de antes. En cambio, expertos advierten que con Bolsonaro existe la amenaza de retroceder en la protección del medio ambiente.

Brasil es el séptimo mayor productor de gases de efecto invernadero en el mundo. Sin embargo, las propuestas que la delegación brasileña tiene para ofrecer en la COP25, en Madrid, son un misterio, incluso para los entendidos del tema.

Tasso Azevedo, uno de los principales expertos en asuntos climáticos de Brasil, cree que es probable que el país busque mejoras en el comercio de certificados de carbono. ¿Pero qué más?

"En cualquier caso, Brasil perdió el ambicioso papel de liderazgo que venía desempeñando desde la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo celebrada en Río de Janeiro en 1992", dice Azevedo en una entrevista con DW.

"Brasil tenía tanto las condiciones como la actitud de ser protagonista, para tomar un impulso y ser más ambicioso en los objetivos climáticos. Pero por el momento perdimos esas ambiciones", agrega.

Se suponía que la COP25 tendría lugar en Brasil, pero el presidente Jair Bolsonaro canceló el evento a finales de 2018. Su desconfianza hacia las instituciones globales le hace coquetear con la idea de abandonar el Acuerdo de París sobre el cambio climático. Además, debilitó el Instituto Nacional de Investigaciones Espaciales (INPE) debido a estadísticas de deforestación supuestamente manipuladas; y recortó fondos para programas de protección climática.



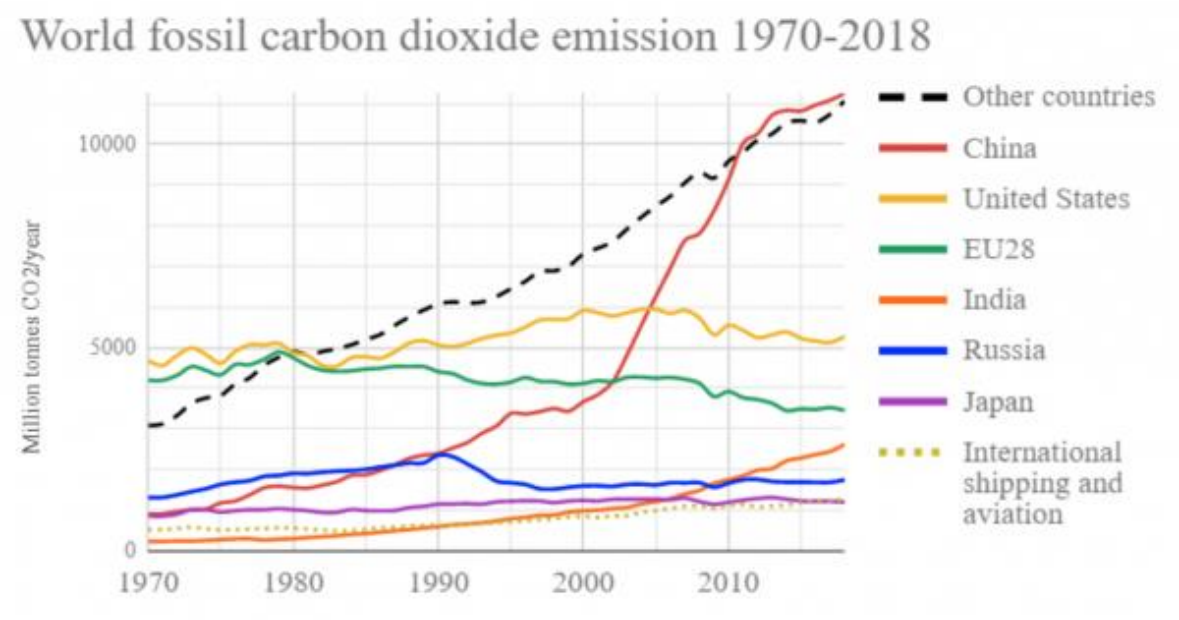
Muñeco de Bolsonaro en protesta de ambientalistas durante la COP24 en Polonia (08.12.2019)

Las consecuencias son obvias. Los objetivos establecidos para 2020 en la cumbre del clima de Copenhague en 2009 serán solo parcialmente cumplidos por Brasil, advierte Azevedo. La producción **total de CO2,** como se anunció, será de aproximadamente **dos gigatoneladas**, y se alcanzará la **meta del 45** por ciento de energía limpia.

Pero en cuanto a reforestación y deforestación, la cosa es diferente. Esta última debería reducirse en un 80 por ciento en comparación con el promedio del periodo 1996 - 2005. Es decir, para 2020, la deforestación debería ser de **3.900 kilómetros cuadrados por año** como máximo. Un objetivo que está lejos de alcanzarse. Desde agosto de 2018 hasta julio de 2019, se deforestaron **9.762 kilómetros cuadrados**. Y de agosto a octubre de este año, ya se ha deforestado lo que se estimó para el período hasta julio de 2020.

"No vamos a alcanzar el objetivo de deforestación para 2020 por una gran diferencia", opina Azevedo. La promesa hecha en París de reducir la deforestación ilegal en la Amazonía a cero para 2030 también está amenazada, alertó el especialista. "Hoy, el 90 por ciento de la deforestación es ilegal".

El gobierno está haciendo todo lo posible para revertir el progreso alcanzado en los últimos 30 años, indica Sérgio Leitão, del think-tank ecológico Instituto Escolhas, a DW. De hecho, en lugar de proteger las reservas naturales e indígenas, como se acostumbraba, se está haciendo lo contrario. "Actualmente le estamos enviando la señal al mundo de que somos los villanos. No queremos ser vistos como un país progresista".



https://climatetrade.com/es/que-paises-son-los-mayores-contaminadores-de-carbono-del-mundo/

"La balanza energética brasileña es limpia"

Pero, aun así, Brasil tiene buenos resultados. Por ejemplo, el 47 por ciento de la energía producida en el país proviene de fuentes limpias, mientras que el 85 por ciento de la energía eléctrica proviene de fuentes

renovables. Son estadísticas de vanguardia en términos globales. "La balanza energética brasileña es limpia", dice Leitão.

"Pero se corre el riesgo de emitir cada vez más gases de efecto invernadero, a causa de un mayor uso de gas en la matriz eléctrica", detalla. El gobierno planea aumentar considerablemente la proporción de gas de su propia producción en alta mar. "Si esto sucede, el gas bloqueará el crecimiento de la energía eólica, solar y de biomasa", advierte el experto.

El Instituto Escolhas estima que en los próximos 15 años Brasil podría generar un 68 por ciento más de energía eólica, solar y de biomasa sin incurrir en costos adicionales para el sector energético. De esta manera, estas fuentes serían responsables del 40 por ciento de la energía. "Para eso, debemos dejar muy claro que la apuesta de Brasil está en las fuentes renovables, y no en las fuentes ligadas a los combustibles fósiles".

Azevedo destaca la generación de energía limpia, que el año pasado logró reducir sus emisiones una vez más en un 5 por ciento, con lo que llegó a 407 millones de toneladas de CO_2. "En el caso de la energía eléctrica, Brasil no tiene paragón. Entre las principales economías, Brasil es ciertamente un ejemplo", asevera.



Para 2020, la deforestación en Brasil debería ser de 3.900 kilómetros cuadrados por año como máximo, un objetivo lejos de alcanzarse.

En los últimos diez años, Brasil ha estado entre los tres principales países en términos de inversión en energía eólica, que el año pasado superó por primera vez a las plantas de combustibles fósiles, con una participación del 10 por ciento en la generación de energía. Azevedo señala que aunque la energía solar todavía está en pañales, hay avances en el sector.

"Producir protegiendo y no producir destruyendo"

El talón de Aquiles brasileño es el uso agrícola de las tierras, que representa el 70 por ciento de las emisiones, la mayoría de ellas (845 millones de toneladas de CO2) a través de la deforestación. Si esto se redujera a cero, Brasil podría reducir sus emisiones en un 44 por ciento, lo que corresponde a lo que la industria y el sector eléctrico emiten juntos. Además, no es necesario talar nuevas áreas, según Leitão.

Actualmente, en promedio, menos de una cabeza de ganado ocupa una hectárea de pasto y millones de hectáreas de tierra están vacías. Un gran espacio para una agricultura más eficiente. "Necesitamos mostrarle al mundo que nuestra vocación es producir protegiendo y no producir destruyendo".

"Desafortunadamente, el gobierno brasileño va en contra de esta posibilidad, al decir que la deforestación es la condición para que el país continúe creciendo económicamente, aumentando su producción", dice Leitão.

"Un problema fundamental es que en el gobierno hay muchos escépticos sobre el cambio climático", cree Azevedo. Espera que, como en Estados Unidos, vengan importantes impulsos de los gobiernos locales, la sociedad civil y las empresas. "A estos les gustaría ver un Brasil más proactivo".

La política climática en Brasil

Karina Marzano, Máster en Derecho Europeo y de la Integración por el Europa-Institut de la Universidad de Saarland, Alemania. Licenciada en Derecho por la Universidad Federal de Minas Gerais. MBA en Relaciones Internacionales por la Fundación Getulio Vargas, Brasil.

Competir en las ligas mayores es difícil. Para poder jugar en la primera división de las negociaciones internacionales sobre el clima, Brasil tuvo que entrenar duro y hacer sus tareas en casa. En las últimas tres décadas, su política climática ha sido construida por sucesivos gobiernos de distintos colores y aficiones. Desde que Río de Janeiro fue el escenario de la Cumbre de la Tierra (Río 92), el compromiso medioambiental brasileño ha sido renovado y fortalecido por los tomadores de decisiones. La política de reducción de la deforestación fue una de las principales estrategias que aplicó Brasil en el verde amazónico.

El cambio del uso de la tierra es el principal sector responsable de las emisiones de gases de efecto invernadero (GEI) en Brasil.1 Por lo tanto, la reducción de la tasa anual de deforestación de la Amazonia, sobre todo a partir del 2005, confirma la seriedad del compromiso brasileño con la agenda climática. De hecho, la deforestación en 2005 fue aproximadamente un 30 % menor que el año anterior, y en 2017, aquel índice se redujo en un 75 %.2 Gol, golazo.

La importancia de Brasil para la agenda climática internacional Brasil es un país esencial para garantizar una exitosa política climática. La selva amazónica, de la que Brasil tiene el 64 % aproximadamente y que ocupa el 56 % del territorio nacional, es la reserva de biodiversidad más grande del mundo. Los árboles juegan un papel clave en la reducción de los niveles de contaminación; el bosque es responsable de filtrar y reprocesar la producción mundial de dióxido de carbono. Además de su importancia natural, las buenas políticas ambientales domésticas de los anteriores gobiernos, sumadas a la experiencia diplomática brasileña y su clara opción por el multilateralismo para enfrentar los desafíos globales, posibilitaron el liderazgo del país en el combate al cambio climático.

Brasil es un país esencial para garantizar una exitosa política climática. La selva amazónica, de la que Brasil tiene el 64 % aproximadamente y que ocupa el 56 % del territorio nacional, es la reserva de biodiversidad más grande del mundo.

Brasil es un global player reconocido en la agenda ambiental internacional y ha realizado destacadas contribuciones al avance del tema. Entre ellas, la propuesta del Bali Road Map, el respaldo del grupo BASIC (Brasil, África del Sur, India y China) al Acuerdo de Copenhague y la mediación en las negociaciones de la COP21. Todas estas fueron etapas esenciales para la elaboración del Acuerdo de París, el actual marco jurídico del combate al cambio climático. El jogo bonito de Brasil fue actuar como puente entre los países en desarrollo y los desarrollados, lo que ayudó a la superación del impase que impedía la elaboración de un documento universal y destinado a sustituir al Protocolo de Kioto.

Pero este lugar en la mesa, conquistado después de años de exitosa diplomacia y cumplimiento del home-work, no es un asiento permanente. Otros jugadores también pueden ser convocados o, como parece ser la tendencia, lamentablemente, el partido puede ser suspendido por «falta de garantías». Las consecuencias de la inacción brasileña serían desastrosas tanto para la política brasileña como para la internacional. Los motivos de preocupación son considerables, cuando uno analiza los recientes discursos y los retrocesos de la política

climática de Brasil. Los datos estimativos de deforestación de la Amazonia en 2018 preocupan: hubo un aumento de un 15 % con relación al año anterior. Aún más alarmante es el hecho de que el Instituto Nacional de Investigación Espacial (INPE) detectó que en junio de 2019 hubo un aumento de 88 % en la tasa de deforestación amazónica (en comparación con junio del año anterior): el área deforestada fue equivalente a más de 100.000 campos de fútbol, lo que demuestra una clara discontinuidad de la política de control de la deforestación que existió durante la última década.

¿Brasil, un opositor al cambio climático más en el siglo XXI?

Según la Constitución de la República Federativa del Brasil, en su artículo 225, «todas las personas tienen derecho a un ambiente ecológicamente equilibrado, que es un bien de uso común y esencial para una saludable calidad de vida, lo que impone al Gobierno y a la comunidad el deber de defenderlo y preservarlo para las generaciones presentes y futuras».

Con base en este cuadro constitucional, Brasil elaboró un importante marco legal que incluye, entre otras iniciativas, la Política Nacional de Cambio Climático (PNMC), y, más recientemente, su Contribución Determinada a Nivel Nacional (NDC). En esta, Brasil se ha comprometido a reducir hacia el 2025 las emisiones de GEI en un 37 % en relación con los niveles de 2005; y un 43 % al 2030. Para lograr esos objetivos, el gobierno brasileño debe adoptar políticas en varias áreas. En el sector del uso de la tierra, la predicción dice que se deben restaurar y reforestar 12 millones de hectáreas de vegetación en el territorio nacional, además de poner fin a la deforestación ilegal. Sin embargo, varias propuestas del actual gobierno van en la dirección opuesta de estos compromisos, lo que preocupa a los brasileños y a la comunidad internacional.

Entre las propuestas del último semestre están la revisión del Código Forestal, la revisión de las 334 unidades de conservación y la desaparición de las reservas legales, es decir, las áreas protegidas en propiedades rurales. Si se implementan estas propuestas, el resultado sería el aumento del área deforestada. Como la selva amazónica recibe recursos internacionales para su preservación, con énfasis en el Fondo Amazonia, el tema fue central en la última reunión del G20. Creado en

2008 para captar donaciones destinadas a inversiones no reembolsables en proyectos de prevención, monitoreo y combate a la deforestación, el Fondo Amazonia tiene el Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social (BNDES) como gestor de aproximadamente 750 millones de dólares en donaciones. La mayoría de estas donaciones provienen de Noruega y Alemania, y financian 103 proyectos de generación de empleo en las comunidades amazónicas, para asegurar su subsistencia sin la necesidad de deforestar. La gobernanza del bndes, que permite la transferencia de fondos a proyectos de municipios, estados, gobierno federal, el tercer sector y las universidades, siempre ha sido considerada exitosa por su transparencia, incluso por los países donantes. Sin embargo, críticas del gobierno Bolsonaro a la gobernanza del Fondo, basadas en un discurso de desconfianza sobre el trabajo de las ONG y en la propuesta de aumentar el control del gobierno en el comité directivo del Fondo Amazonia (Cofa), condujo a un incidente diplomático que pone en peligro la propia existencia del Fondo. En el peor escenario, Brasil se quedaría sin estas donaciones, sin que haya una política pública del gobierno actual para proveer a las comunidades de medios de subsistencia suficientes para combatir la deforestación.

Deforestación equivale a pérdida del hábitat para muchos

A esos retrocesos se suman un abandono de campo de la oferta brasileña de ser el anfitrión de la 25.ª Conferencia de las Partes (COP) de la Convención sobre el Cambio Climático de la ONU; la controversia acerca de la Semana del Clima en Salvador; la destitución del coordinador ejecutivo del Foro Brasileño de Cambio Climático (FBMC); la interferencia en agencias ambientales como el Instituto Brasileño de Medio Ambiente y Recursos Naturales Renovables (Ibama) y el Instituto Chico Mendes para la Conservación de la Biodiversidad (ICM-Bio); la disminución de más del 30 % en el número de multas aplicadas por deforestación ilegal de enero a mayo de 2019; además de la divulgación previa de los sitios a inspeccionar, reduciendo el elemento sorpresa para una inspección efectiva. Si la lista de retrocesos sigue aumentando, existe la posibilidad de que Brasil «pierda la categoría» de la primera división en temas ambientales.

El riesgo de más deforestación, de menos licencias ambientales y de desmantelamiento de la gobernabilidad socioambiental llevaron a ocho

exministros de Medioambiente a declarar que Brasil no puede darle la espalda al mundo del siglo XXI». Estos ocho ministros representan treinta años de historia ambiental brasileña y se expanden a lo largo del espectro político nacional. De hecho, el discurso soberanista del actual gobierno incorpora una discusión ya obsoleta, del siglo pasado, cuando se pensaba que la preservación del medioambiente y el desarrollo económico eran incompatibles. Ya desde la década de 1980 (Informe Brundtland) prevalece un enfoque en favor del desarrollo sostenible, que asume tres dimensiones complementarias y equilibradas: el crecimiento económico, la inclusión social y la protección del medioambiente.

Ese nuevo concepto implica una «transformación progresiva de la economía y la sociedad», donde el desarrollo sostenible es un «proceso de cambio en el que la explotación de los recursos, la inversión, el desarrollo tecnológico y el cambio institucional están en armonía y refuerzan el potencial presente y futuro para satisfacer las aspiraciones y necesidades humanas». Hoy el concepto está traducido en los 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible de la Agenda 2030, que abarca el compromiso de 193 países con medidas audaces y transformadoras para promover el desarrollo sostenible en los próximos 15 años, «sin dejar a nadie atrás».

« Si Brasil disminuye sus compromisos con la agenda climática, no hay ganadores. Pierden los brasileños, pierden las próximas generaciones, perdemos todos »

Calificar el calentamiento global como tema académico, no prioritario o ideológico significa rechazar las evidencias científicas que fundamentan un llamado universal a enfrentar este desafío. Como hemos visto, diferentes partidos políticos de Brasil asumieron compromisos con la agenda ambiental. El tema no debe ser tratado como ideológico de la izquierda. En Latinoamérica, por ejemplo, el actual gobierno de Chile, de derecha, aprovechó la retirada brasileña para recibir a la COP25 en su país, e impulsar oportunidades económicas y de innovación tecnológica. También el gobierno alemán, de centroderecha, implementa una ambiciosa agenda climática, que, de hecho, es un tema transversal a todos los partidos en la sociedad alemana.

¿La protección del medioambiente dificulta el crecimiento económico?

Todo lo contrario. Hay ventajas competitivas de agregar la protección ambiental a la producción nacional. Incluso el poderoso lobby agroindustrial se ha dado cuenta de que es importante evitar restricciones en la compra de nuestros productos agrícolas, y que la reducción de la participación de Brasil en el comercio mundial agravaría la crisis económica brasileña. Es preocupante la carta firmada por más de 600 científicos3 que demandan que empresas europeas solo hagan negocios con Brasil a condición de que el país cumpla con los compromisos de reducir la deforestación y los conflictos indígenas. También el acuerdo comercial entre el Mercosur y la Unión Europea, firmado recientemente, pero que ya lleva dos décadas en discusiones, depende para su aprobación del compromiso brasileño con el enfrentamiento al cambio climático. Asimismo, Brasil debe fortalecer su gobernanza climática si desea el apoyo de la Unión Europea a su solicitud de unirse a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo (OCDE), donde prácticamente todos los países del grupo, con la excepción actual de los Estados Unidos, creen en una solución multilateral liderada por la onu para controlar el cambio climático. Para ser competitivo y permanecer en las ligas mayores de la economía global, el país debe anticiparse estratégicamente, con una definición clara de sus objetivos a largo plazo.

Clima, seguridad y soberanía

Las amenazas no son solamente comerciales, sino también de la seguridad internacional y de la propia soberanía brasileña. No son pocas las propuestas de un abordaje conjunto de las agendas de clima y seguridad. Aunque los temas estén entrelazados, sobre todo cuando se piensa en la cuestión de los refugiados ambientales y de los conflictos como en el caso de la escasez de agua, Brasil ha sido tradicionalmente contrario a llevar los asuntos de medioambiente al Consejo de Seguridad de la onu, porque desea evitar la posibilidad de sufrir sanciones militares o económicas. La defensa de la soberanía brasileña y la protección de sus recursos naturales siempre han sido realizadas mediante la participación del país en foros multilaterales, a través del diálogo internacional. Pero si continúan las tendencias del

último semestre a convertirse en un opositor al cambio climático (porque contra el medioambiente no hay rivales en buena lid), Brasil dañaría su reputación internacional, construida a lo largo de décadas. Y como clima es geopolítica, el enfoque unilateralista actual pone en riesgo la misma soberanía que se dice tanto querer preservar. El discurso y la práctica terminan teniendo efectos opuestos, y el país se pone en una posición más vulnerable a la interferencia externa, con una defensa abierta y expuesta.

El cambio climático es un desafío global. Las acciones para disminuir las emisiones de GEI dependen de la cooperación internacional, del diálogo multilateral y de las medidas implementadas a nivel mundial, nacional y local. Es un partido donde jugamos todos. Nos queda otra vez la pregunta: ¿qué pasa cuando un global player no juega? Si Brasil disminuye sus compromisos con la agenda climática, no hay ganadores. Pierden los brasileños, pierden las próximas generaciones, perdemos todos. De hecho, Brasil no puede darle la espalda al mundo del siglo XXI. El cambio climático es el principal desafío que enfrenta este siglo, de cuya superación depende la supervivencia de las generaciones futuras. La victoria de Brasil frente a la insensatez política será la victoria de todos. Aún quedan algunos minutos antes del final.